

XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, 2013.

# Egipto y los libios a fines del cuarto milenio.

Zulian y Marcelo.

Cita:

Zulian y Marcelo (2013). *Egipto y los libios a fines del cuarto milenio*. XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-010/36>

*Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.*

**XIV Jornadas  
Interescuelas/Departamentos de Historia  
2 al 5 de octubre de 2013**

**ORGANIZA:**

Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras

Universidad Nacional de Cuyo

Número de la Mesa Temática: 6

Título de la Mesa Temática: Tensiones, conflictos y crisis en las sociedades del mundo antiguo.

Apellido y Nombre de las/os coordinadores/as: Campagno, Marcelo y Di Bennardis, Cristina

**EGIPTO Y LOS LIBIOS A FINES DEL CUARTO MILENIO**

**Análisis de un conflicto**

*Marcelo Zulian*

*Universidad de Morón*

*marcelozulian@yahoo.com*

Desde el principio de su historia, se construyó en Egipto la idea de un mundo dividido entre aquellos que habitaban en el valle del Nilo y aquellos que moraban más allá. No parece que la diferencia entre unos y otros se basara en características físicas o de origen, sino más bien en la aceptación o no de cierto modo de vida ordenado —civilizado, se podría decir— que sólo podía darse en el ámbito del Nilo. Fuera de este estrecho ámbito, lo que regía era el caos, la forma de hacer de los hombres incivilizados<sup>1</sup>.

Ese mundo exterior estaba habitado, según las fuentes egipcias más tempranas, por tres «razas extranjeras»<sup>2</sup>, cada una de las cuales ocupaba su lugar en una las fronteras naturales de Egipto. La raza de los nubios habitaba al sur de la Primera Catarata, más allá de donde era posible navegar; la raza de los asiáticos residía al norte, al otro lado del Sinaí; y la raza de los libios habitaba el desierto, particularmente en el desierto occidental.

Ni los nubios ni los asiáticos requieren de mucha explicación. Tanto la historia como la arqueología pueden dar amplia cuenta de su existencia, de sus puntos de origen y de sus particulares modos culturales. Pero los libios han permanecido largamente en el misterio. Las únicas evidencias de su existencia provienen de los registros egipcios, y aunque la arqueología ha confirmado la existencia de gente habitando el desierto occidental, se trata siempre de pequeños grupos nómadas.

El problema es que estas evidencias arqueológicas están muy lejos de justificar el contenido de la iconografía estatal, en las que los libios aparecen como enemigos formidables (como debe ser todo enemigo). Hoy todo el mundo está familiarizado —aunque más no sea por la literatura o el cine— con los veloces asaltos de los pueblos nómadas contra las tranquilas comunidades sedentarias. Pero hace más de cinco mil años la situación era muy diferente.

Es a fines del cuarto milenio —hacia el 3100 antes de la Era Cristiana— que aparecen las primeras menciones a los libios, más o menos al mismo tiempo en que se producía la transición del Predinástico al Dinástico Temprano (HASSAN, 1988:141-

---

<sup>1</sup> De hecho, el término *ḥ3s.tjw*, «extranjeros», nunca fue utilizado para extranjeros que vivieran dentro de Egipto, sino exclusivamente para los extranjeros fuera de Egipto. (SCHNEIDER, 2010:144).

<sup>2</sup> Según Christiana Köhler, «cuando los académicos definen etnicidad, generalmente diferencian entre dos categorías básicas de etnicidad. Está la etnicidad objetiva, que está basada en las características físicas “reales” que caracterizan a una unidad biológica objetiva. Por su parte, la etnicidad subjetiva es definida por la identificación de límites entre tribus, “razas” o naciones-estados, y entonces tiene que ser considerada dentro de conceptos ideológicos» (KÖHLER, 2002:510). En este caso nos referimos claramente al segundo caso, pues la caracterización tiene que ver con la concepción egipcia del mundo, y la división entre aquellos que habitaban en el Valle del Nilo y el resto de la humanidad, la cual, a comienzos del período Dinástico dividían en esas tres “razas extranjeras”.

142) (etapas Nagada IIIa-b, y quizá también c<sup>3</sup>), incluyendo a los dos y tal vez tres primeros soberanos de un Egipto unificado. Y estas primeras referencias parecen reflejar un estado de guerra entre el pueblo del valle y los libios (WILKINSON, 1995:208).

«Libios» es un término genérico que la historiografía moderna utiliza para identificar a los pueblos que habitaron el desierto occidental en tiempos del Antiguo Egipto. En los primeros registros aparecen con el nombre de *Tehenu*, y hacia fines del Reino Antiguo se les da también el de *Temehu*, aunque este segundo nombre estará siempre más asociado a la tierra que habitaba que al pueblo mismo. Luego, hacia el Reino Nuevo, aparecerán otros como Meshwesh y Rebu.

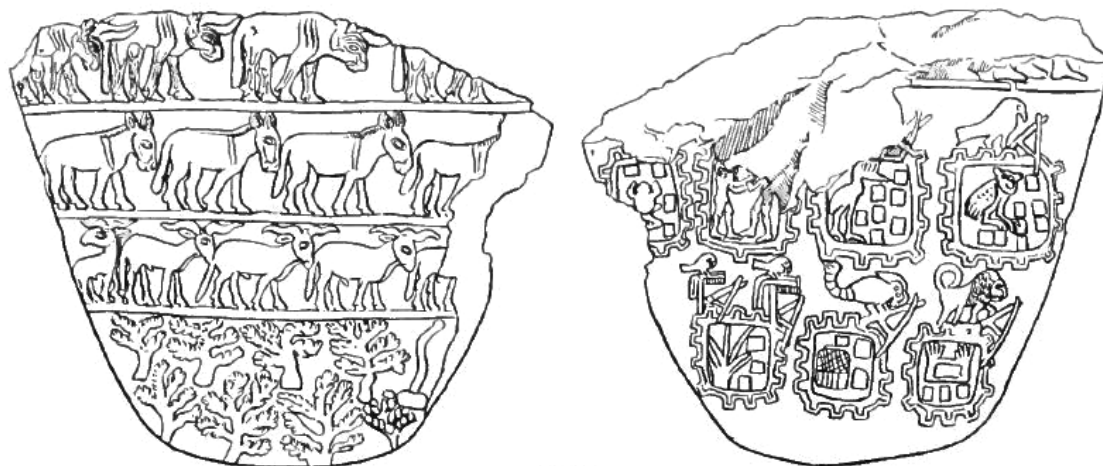
La tradición historiográfica sostiene que la primera referencia a los libios está contenida en la llamada «Paleta Libia», también conocida como «Paleta de las Ciudades» (CAMPAGNO, 2002:214; SNAPE, 2003:97; COONEY, 2011:107). Se trata de una pieza de pizarra hallada en Abydos y datada probablemente a fines del Predinástico (CAMPAGNO, 2004:46), de la que se conserva una parte (aparentemente un tercio inferior) de aproximadamente 18 x 21 cm. El objeto está cuidadosamente grabado en ambas caras.

En una de ellas están representadas siete ciudades fortificadas asaltadas por animales que con toda seguridad simbolizan al rey. Son un halcón, un león, un escorpión y dos halcones perchados. En la otra cara aparecen, en cuatro registros separados, cuatro bóvidos (arriba), cuatro asnos, cinco caprinos, y ocho plantas o árboles (abajo). A la derecha de este último grupo aparece insertado un signo que posteriormente se utilizará para escribir el nombre *Tehenu*, un palo curvo.

A simple vista, es fácil suponer que la paleta fue hecha para recordar una victoria de Egipto sobre el pueblo propietario de las ciudades amuralladas, y que los animales y plantas simbolizaban el tributo de aquél pueblo —presumiblemente los libios o *Tehenu*— al vencedor (CERVELLÓ AUTUORI, 2009:94). El problema con esta pieza es que, aunque algunos elementos de ella pueden hacer pensar en un pueblo nómada (los animales, por ejemplo), el conjunto desmiente esta posibilidad.

---

<sup>3</sup> Esta cronología se basa en la utilizada por CAMPAGNO (2002:345).

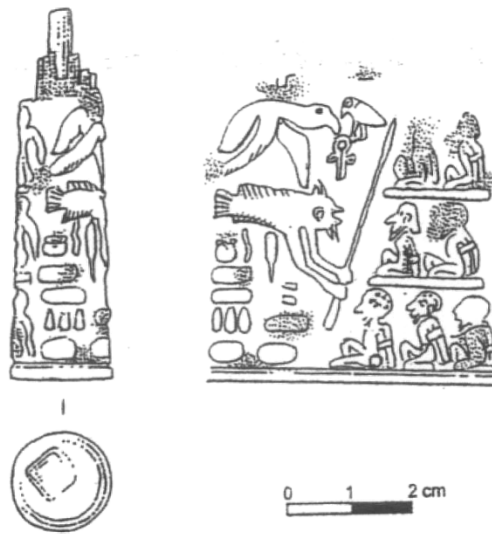


Paleta Libia (QUIBELL, 1905:203).

En primer lugar, no hay ninguna evidencia de la existencia de ciudades amuralladas en el desierto. De hecho, no hay evidencia de ningún tipo de ciudades, ni siquiera de asentamientos permanentes, al menos en la época en que aparentemente fue hecha la paleta. Y en segundo lugar, si hay algo que nunca puede haber formado parte de los bienes de un pueblo nómada (sobre todo de uno del desierto) son las plantas que aparecen en el registro inferior.

En 1915 Percy Newberry publicó un detallado estudio de estas plantas en el que concluía que se trataba de olivos (NEWBERRY, 1915:97-100), y que el signo en cuestión era en realidad un determinativo destinado a facilitar la identificación. En cualquier caso, si se trataba de olivos (o de cualquier otro cultivo) el pueblo en cuestión debió habitar seguramente en el norte, cerca del Mediterráneo, y quizá al oeste del Delta. ¿Pero es este el pueblo que aparece registrado en las fuentes como *Tehenu*? Probablemente no.

El nombre *Tehenu*, escrito en forma completa, aparece recién en el Dinástico Temprano, en un mango de marfil de Narmer (*Ashmolean Museum E3915*), presunto primer rey de un Egipto unificado. En él, el «pez Nar», provisto de brazos, golpea a enemigos que tienen los suyos atados a la espalda. Debajo de la cola del pez está escrita la palabra *Tehenu* (GILBERT, 2004:113; Cf. KÖHLER, 2002:504-505). Este es el primer caso en que el conflicto entre el estado egipcio y los libios aparece con claridad.



El cilindro de marfil (CERVELLÓ AUTUORI, 2009:100).

¿Podía esta escena contextualizarse en el Bajo Egipto, ubicando a los libios allí donde parecía indicarlo la Paleta de las Ciudades? Si se observa la imagen, podrá notarse que sobre el pez «Nar» sobrevuela la diosa buitre Nejbet, protectora del Alto Egipto, lo que descartaría la ocurrencia de los hechos representados en el Norte. Y como el mango de marfil es, desde todo punto de vista, un ejemplar más seguro que la críptica Paleta, habrá que aceptar que el problema libio era un problema del Alto Egipto.

Existen también tres etiquetas de marfil —que incluyen los serejs de los reyes Narmer, Aha y Den (primero, segundo y sexto o séptimo de la I Dinastía)— que podrían contener una referencia a los *Teḥenu*. Desgraciadamente, estas referencias son tan inseguras como las de la Paleta Libia. En la etiqueta de Narmer el nombre *Teḥenu* sólo puede ser inferido, y el prisionero a punto de ser golpeado por el pez «Nar» tiene plantas de papiro surgiendo de su cabeza, un símbolo del Bajo Egipto.



- 1) Etiqueta de Narmer (CERVELLÓ AUTUORI, 2009:100). 2) Etiqueta de Aha (GARSTANG, 1905:61). 3) Etiqueta de Den (CAMPAGNO, 2004:Pl. IV, 8).

La etiqueta de Aha parece contener el nombre *Tehenu* correctamente escrito, pero como está dividida en varias escenas, no es posible adjudicarle un contexto preciso. Y lo mismo podría decirse de la etiqueta de Den, aunque en este último caso no hay dudas de que el rey porta sobre su cabeza la Corona Blanca del Alto Egipto. Así que estas primeras evidencias apuntan a ubicar a los libios en el sur, y no en el norte, como será la norma a partir del Reino Nuevo<sup>4</sup>.

No contamos con otras referencias a los *Tehenu* hasta bien entrado el Reino Antiguo, cuando una inscripción de Snefru (IV Dinastía) menciona «1100 cautivos y 23.000 cabezas de ganado de *Tehenu* (WILKINSON, 2000:235, PL.9)» (las cifras, seguramente exageradas, no desmienten la posibilidad de una campaña). Otras referencias aparecen en inscripciones de Sahure, Niuserre y Djedkare-Isesi, pero a partir de Unas (V Dinastía), sólo hay registros en los Textos de las Pirámides, sin ningún contexto histórico.

El término *Temehu* aparece por primera vez en la Biografía de Harkhuf, un funcionario del Alto Egipto de tiempos de Pepi II (VI Dinastía).

Su majestad ahora me envió una tercera vez para Yam, salí de [...] sobre la carretera Uhet y me encontré con el jefe de Yam, que iba a la tierra de *Temehu* para herir a *Temehu* hasta la esquina occidental del cielo. Salí tras él a la tierra

<sup>4</sup> Es probable que pueblos que habitaban el norte de África hayan irrumpido por entonces en el área de influencia egipcia cercana al Delta, y viniendo del oeste, hayan recibido el nombre común de libios, al que los egipcios ya estaban acostumbrados. Pero estos pueblos tenían otros nombres, que aparecen también registrados, como Meshwesh o Rebu.

de *Temehu* y le tranquilicé, hasta que elogió a todos los dioses por causa del rey [...]. (BREASTED, 1906:335)

Luego deja de haber registros con el nombre *Temehu* hasta el Cuento de Sinue (Reino Medio), y esta vez combinado con el nombre *Teḥenu*<sup>5</sup>.

Su Majestad [es decir Amenemhat I]. Sin embargo, ha despachado un ejército a la tierra de los *Temehu*, con su hijo mayor a su comando, el buen dios Sesostris. Había sido enviado para aplastar las tierras extranjeras y castigar a aquellos entre los *Teḥenu*. Ahora él ha retornado trayendo cautivos de los *Teḥenu* y un sinnúmero de ganado de todos los tipos (COONEY, 2011:116-117).

Esta aparente confusión fue tradicionalmente interpretada como una indicación del pobre estado del conocimiento geográfico entre los escribas de aquél tiempo, o de la tendencia a confundir o mezclar los dos términos<sup>6</sup>. Pero esto es poco probable. Los pueblos antiguos daban gran importancia al nombre de las cosas. Como señaló Barry Kemp, «para los antiguos, conocer el nombre de una cosa suponía familiarizarse con ella, adjudicarle un lugar en la mente, reducirla a algo que fuera manejable» (KEMP, 1996:40).

Los egipcios no estaban confundidos. Sabían muy bien que los *Teḥenu* habitaban la tierra *Temehu*. ¿Pero dónde quedaba esta misteriosa tierra? El mango de cuchillo de Narmer y la Biografía de Harkhuf parecen no dejar lugar a dudas de que, al menos hasta fines del Reino Antiguo, los pueblos identificados por los egipcios como *Teḥenu* moraban o circulaban por alguna región ubicada al oeste del Alto Valle, en el Sahara Oriental<sup>7</sup>.

Pero si los libios deben ser ubicados en el sur, no son mucho los lugares que a fines del IV milenio podían sostener una población más o menos numerosa. Esta corta lista está compuesta por el mismo río Nilo, por un par de oasis —Kharga y Dakhla—, y por la zona en torno al Gilf Kebir, en la esquina suroccidental del Egipto actual.

---

<sup>5</sup> Todas las referencias cronológicas de las fuentes fueron tomadas de COONEY, 2011).

<sup>6</sup> Cf. BATES, Oric, *The Eastern Libyans*, Londres, 1914, p. 252.

<sup>7</sup> En este punto es necesario aclarar que la fuente del Reino Nuevo más significativa sobre la ubicación de la tierra *Temehu* se halla en una inscripción de la fortaleza de Zawiyet Umm el-Rakham, datada en el reinado de Ramsés II, la cual menciona explícitamente que la fortaleza fue construida «sobre tierra *Temehu*». Esta fortaleza, que cinco años después de la muerte de Ramsés II fue saqueada por un pueblo conocido como *Rebu*, se encuentra sobre la costa del Mediterráneo, a unos 300 kilómetros al oeste de Alejandría, muy lejos del Alto Egipto. Sin embargo, estos Rebu son uno de los pueblos que según los autores griegos formaban parte de la raza libia, lo que pudo inducir a los autores de la inscripción a considerar la región como la patria de todos los libios. También es posible que partiendo de un origen concreto (en el sur) la referencia a una «tierra de *Temehu*» se hubiera extendido a otras zonas, hasta abarcar toda la región al oeste del Nilo, que es lo que parece ocurrir en el Reino Nuevo.



Relaciones entre los centros políticos del Alto Valle y todos estos lugares están bien atestiguadas por la arqueología desde el comienzo de la historia egipcia.

De los lugares mencionados, el más probable hogar de los *Tehenu* es una cadena de oasis que corre paralela al Nilo, aproximadamente entre las latitudes de Menfis y de Hieracópolis, pero si la ubicación debe ser meridional, la posibilidad se reduce a los oasis de Kharga y de Dakhla, que son también los más cercanos a los grandes centros de poder antes de que la capital de Egipto se estableciera en Menfis. Pero en ellos sólo se han encontrado unos pocos sitios con rastros de presencia humana.

En todos los casos se trata de unas estructuras de loza que parecen haber servido de cimientos para chozas circulares. Las más antiguas parecen estar en el Sitio MD-18 de Kharga (c. 7000 a.C.) donde se hallaron unas ochenta de estas estructuras, mientras que el de mayor número (hasta ahora) es el Sitio 270 de Dakhla, con doscientas. Solo se ha hallado este tipo de estructuras en otros tres sitios<sup>8</sup>, ninguna de las cuales es posterior al sexto milenio.

Lo dicho parece indicar que cualquier intento de sedentarización en los oasis llegó a su fin al iniciarse el proceso de desertización del Sahara. Curvas acumulativas de los datos arqueológicos cronológicos han permitido establecer cuatro fases distintas de ocupación del Sahara Oriental: Reocupación (8500-7000 a.C.), Formación (7000-5300 a.C.), Regionalización (5300-3500 a.C.) y Marginalización (3500-1500 a.C.) (KUPER, 2006:803). Las dos últimas se corresponden con el proceso de desertización del Sahara.

El oasis mejor estudiado hasta la fecha es el de Dakhla, ubicado a unos 350 kilómetros al oeste del Nilo. Con presencia humana permanente a lo largo de unos 12.000 años, se han establecido para su prehistoria tres periodos de ocupación: Masara (7200-6500 a.C.), Bashendi (5700-3250 a.C.) y Sheikh Muftah (3250-2000 a.C.). La fase Bashendi se divide en dos etapas: Bashendi A (5700-4550 a.C.) y Bashendi B (4550-3250 a.C.). (BARD, 1999:268-269)<sup>9</sup>.

El Sitio 136, que reposa dentro de la margen noroccidental de la Cuenca de la Espina del Camello, es el más grande investigado (3200 m<sup>2</sup> de materiales culturales dispersos). El sitio fue aparentemente utilizado a lo largo de toda la fase Sheikh Muftah (que incluye el final del cuarto milenio). La cerámica es relativamente abundante, con

---

<sup>8</sup> la Locación 385 de Dakhla, con unos pocos ejemplos, el Sitio MD-24 de Kharga, con una única y pequeña estructura, y el Sitio Ref. 14, con unas veinte. (McDONALD, 2006:4).

<sup>9</sup> Estos periodos se corresponden con la cronología desarrollada por Kuper: Holoceno Medio 7000-5300 a.C., Holoceno Tardío 5300-3500 a.C., Holoceno Final 3500 en adelante (PÖLLATH, 2007:80).

unas 6000 piezas recobradas, abarcando un periodo de unos 1000 años e incluyendo importaciones del Valle del Nilo y de otros lugares.

Los restos óseos hallados indican que la dieta se basaba en animales domésticos, sobre todo ganado vacuno y caprino. Pero también se encontraron huesos de gacelas, de liebres y de ñus. Todos los huesos estaban muy fragmentados, presumiblemente para extraer los nutrientes. También se hallaron cáscaras de huevos de avestruz, aunque en forma escasa (MCDONALD, 2001:6). Sin embargo no se ha descubierto aquí, ni en ningún otro sitio, evidencia de una ocupación permanente, ni de la existencia de grupos grandes.

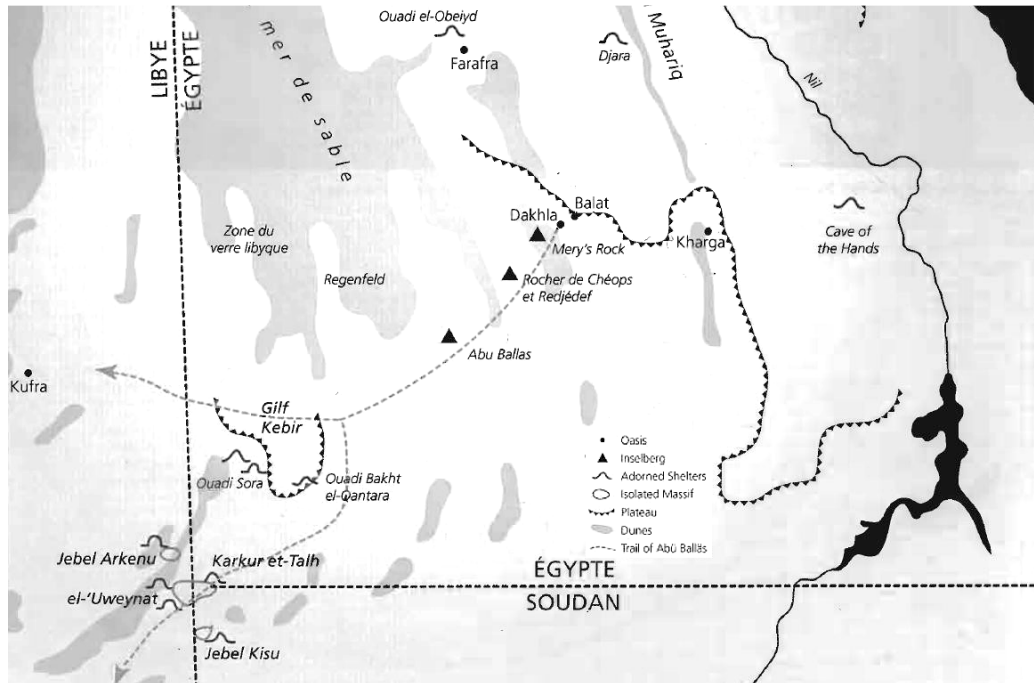
A pesar de que esta parece haber sido la cumbre cultural del oasis de Dakhla, y de que evidentemente existían contactos con las poblaciones del valle, no parece que sus habitantes hayan participado de la creciente prosperidad y de la complejidad social del Egipto Predinástico (MCDONALD, 2001:8). En definitiva, Todos los sitios Sheikh Muftah registrados parecen campamentos temporarios de pequeños grupos de pastores, quizá desplazándose entre puntos estacionales.

No hay ni en Dakhla, ni en el cercano oasis de Kharga —los dos más importantes vinculados al Alto Egipto—, estructuras o asentamientos permanentes luego del 5300 a.C., ni evidencia de cultivos. Y aunque el ganado era aprovechado al máximo, no parece que su explotación haya participado de circuitos de intercambios más allá del propio oasis. Además, la idea de la cría de animales para el comercio es propia de la dinámica del nomadismo pastoril del Cercano Oriente.

En el modelo oriental, la actividad está orientada al intercambio de productos, y se busca obtener un excedente a fin de tener qué intercambiar. Pero éste no parece ser el caso del pastoralismo africano, donde lo que prima es una dinámica de subsistencia que excluye búsqueda de excedentes y, por lo tanto, no hay comercio de animales. La dependencia de los mercados, y por lo tanto de la población sedentaria, es una característica de los nómadas del Cercano Oriente (MARX, 1977:347), no de África.

En lo que se refiere a la población de los oasis, los pocos esqueletos humanos hallados sugieren una población bajo estrés. El analista J. Thompson reportó evidencia de malnutrición en la forma de hipoplasia del esmalte e hiperostosis porótica, y de trabajo pesado y corta esperanza de vida (MCDONALD, 2006:4). Nada de esto se compadece con un pueblo capaz de amenazar a las prósperas aldeas del valle, sobre todo si ello implicaba cruzar cientos de kilómetros de desierto.

Sin embargo, los oasis de Kharga y Dakhla podrían haber formado parte de una ruta más larga de circulación de bienes y personas. En 1918 John Ball y el Teniente Moore descubrieron el sitio de Abu Ballas (o «Colina de la Cerámica»), a unos 200 km oeste-suroeste del oasis de Dakhla. Se trataba de un depósito de cerámica caóticamente amontonada que inmediatamente se constituyó en uno de los grandes misterios del desierto egipcio.



El Sendero de Abu Ballas (FLERS, 2007:50).

No fue sino hasta que en 1999 el aventurero alemán Carlo Bergmann<sup>10</sup> descubrió varios sitios similares que se pudo recrear una ruta desde Dakhla hasta el Gilf Kebir, en la que esas «colinas de cerámica» serían los restos de los depósitos de agua que servían para abastecer a las caravanas que la recorrían. El llamado Sendero de Abu Ballas consiste en unas 30 estaciones, en las cuales se han hallado principalmente restos de cerámica, datada desde inicios del periodo Dinástico.

Así, si el hogar de los libios no pudo estar en algún lugar en el mismo río Nilo (presumiblemente hacia el sur), porque sus habitantes hubiesen sido reconocidos como nubios o como egipcios, y si aceptamos que las escasas evidencias de presencia humana en los oasis son prueba de que allí no pudo residir ningún pueblo capaz de amenazar la paz del valle, sólo resta la región del Gilf Kebir, cuya importancia es ratificada por la existencia del sendero de Abu Ballas.

<sup>10</sup> Este personaje había comenzado a recorrer el desierto del Sahara en camello allá por 1982, realizando a lo largo de los años importantes descubrimientos. Algunos de sus hallazgos han sido citados por autores como Stefan Kröpelin y Rudolph Kuper (2006:219-229), y una breve biografía suya puede leerse en MORENO GARCÍA (2008), y en CLAYTON (2008).

Pruebas de una importante ocupación humana han sido halladas en el Gilf Kebir desde 1939 (MCHUGH, 1974:9), y existe abundante evidencia de pastoreo de ganado a finales de la prehistoria. Cientos de grabados y pinturas en las rocas así lo atestiguan (MCHUGH, 1974:9). Los personajes retratados también tienen varias de las características que en distintas épocas los egipcios les adjudicaron a los libios, como el uso de plumas en la cabeza o el tipo de arco (arco libio).



Imagen de un cazador y sus perros persiguiendo a una gacela. Abu Ballas (FÖRSTER, 2007:24)<sup>11</sup>.



Las «Tres Razas Extranjeras» en la tumba de Ahmose. El tercer personaje es un libio (COONEY, 2022:72).

Ahora bien, varias inscripciones —Inscripción de Meri<sup>12</sup>, Inscripción de Keops (KRÖPELIN, 2006:220)— demuestran que el llamado Sendero de Abu Ballas estaba bajo el control de los faraones de Egipto, no de los nómadas del desierto, con lo cual difícilmente pudo servir a estos últimos como ruta de correrías. Y si se considera que del Valle del Nilo al Gilf Kebir hay unos 800 kilómetros, contar con una ruta organizada parece un requisito inevitable para cualquiera que necesite hacer el viaje.

<sup>11</sup> La imagen fue digitalmente retocada para hacerla más nítida.

<sup>12</sup> La posibilidad de que se trate de la Dinastía VI o XII, es propuesta por Burkard, por varias razones, principalmente paleográficas (KUPER, 2003:5).

Así, la única razón para construir el sendero de Abu Ballas es la necesidad de ir desde el valle hasta el Gilf Kebir, y en aquél tiempo esta necesidad estaba sólo sujeta a la búsqueda de bienes. ¿Pero qué podía ofrecer el pueblo del Gilf Kebir a las prósperas comunidades del Nilo? La respuesta es ganado bovino. Abundan las evidencias de que los habitantes del Gilf Kebir estaban plenamente dedicados a la cría de estos animales, e incluso se especula sobre si fueron ellos quienes introdujeron la domesticación.

El principal argumento en contra de la posibilidad de estos arreos de ganado es la distancia que era necesario recorrer con hombres y animales, y el hecho de que tal distancia debía recorrerse a través del desierto, pero el mismo sendero es prueba de que tal cosa era realizable, y se han hallado imágenes de ganado con sus crías grabadas en las rocas de Abu Ballas para probarlo. Además, La tribu Rwala, que habita en Arabia y el desierto sirio, tiene un rango de actividad de unos 800 km (MARX, 1977:347).

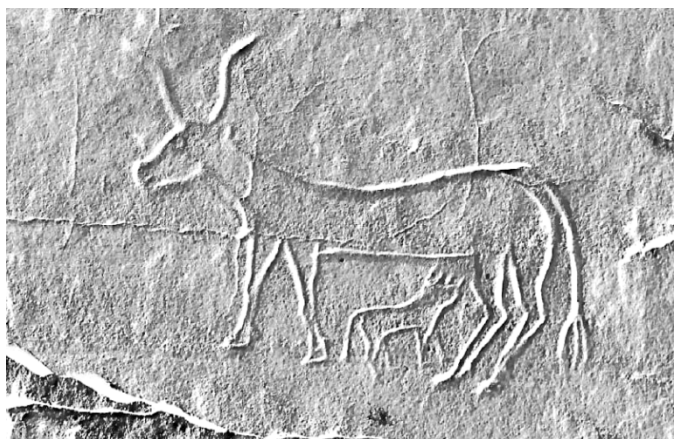


Imagen de una vaca con su ternero hallada en Abu Ballas (FÖRSTER, 2007:24)<sup>13</sup>.

En cuanto al viaje en sí mismo, además de la provisión de agua asegurada por los puestos del sendero, hacia fines del cuarto milenio se había ya domesticado el asno<sup>14</sup>, animal que puede recorrer unos 40 kilómetros al día y cargar cerca de 300 kilos, además de ser capaz de pasar hasta tres días sin beber agua (FÖRSTER, 2007:5). Incluso pudieron disponer de camellos, como parecen atestiguarlo la cabeza de terracota que Green y Quibell hallaron en Hieracómpolis, y la de cerámica que Petrie encontró en Abydos (RIPINSKY, 1985:136).

En conclusión, lo que aparece en los registros oficiales como campañas contra peligrosos enemigos, pudieron ser en realidad vulgares incursiones de abigeato, y el Estado simplemente aprovechó la particular concepción del mundo de los egipcios, en

---

<sup>13</sup> La imagen fue digitalmente retocada para hacerla más nítida. Mayor información sobre el ganado en el desierto del Sahara en GRIGSON, 1991..

<sup>14</sup> Probablemente desde el 3600 a.C. (HASSAN, 1988:157-158; PARCAK, 2010:10. Cf. ROSSEL, 2008:3715).

el que se estigmatizaba todo lo extranjero, para ennoblecer sus hazañas. Como señaló Trigger, «el poder del Estado Egipcio debía descansar en el desprecio y en la desconfianza que el campesino egipcio sentía hacia los habitantes del desierto» (TRIGGER, 1997:32).

## Bibliografía

BARD, Kathryn A. (1999), *Encyclopedia of the Archaeology of Ancient Egypt*, Londres, Routledge.

BREASTED, James Henry, (1906) *Ancient Records of Egypt*, I, Chicago, The University of Chicago Press, 1906.

CAMPAGNO, Marcelo, (2002) *De los Jefes Parientes a los Reyes Dioses. Surgimiento y Consolidación del Estado en el Antiguo Egipto*, Barcelona, Aula Ægeptiaca-Studia 3.

CAMPAGNO, Marcelo, (2004) “Sobre bienes de prestigio, orden y caos. El Estado egipcio y sus periferias durante el periodo Dinástico Temprano (ca. 3000-2700 a.C.)”, en Alicia Daneri de Rodrigo y Marcelo Campagno (ed.), *Antiguos Contactos. Relaciones de intercambio entre Egipto y sus periferias*, Buenos Aires, Instituto de Historia Antigua Oriental (UBA).

CERVELLÓ AUTUORI, Josep, (2009) “La aparición del estado y la época Tinita”, en Parra Ortiz, José Miguel (Coord.), *El Antiguo Egipto. Sociedad, Economía y Política*, Madrid, Marcial Pons Historia, pp. 69-124.

CLAYTON, J., A. de TRAFFORD y M. BORDA, (2008) “A hieroglyphic inscription found at Jebel Uweinat mentioning Yam and Tekhebet”, *Sahara* 19, pp. 129-134.

COONEY, William, (2011) *Egypt's encounter with the West: Race, Culture and Identity*, Durham theses, Durham University.

([http://etheses.dur.ac.uk/910/1/Complete\\_thesis\\_Final\\_esubmission\\_june\\_25.pdf](http://etheses.dur.ac.uk/910/1/Complete_thesis_Final_esubmission_june_25.pdf).

Consultado por última vez el 14 de mayo de 2013).

FLERS, Pauline de, Philippe de FLERS y Jean-Loïc Le CUELLEC, (2007) “Prehistoric Swimmers in the Sahara, Arts et Cultures », *Revue des Musées Barbier-Müller*, pp. 46-61.

FÖRSTER, Frank, (2007) "With donkeys, jars and water bags into the Libyan Desert: the Abu Ballas Trail in the late Old Kingdom/First Intermediate Period", *BMSAES* 7, pp. 1-39.

GARSTANG, J., (1905) "The Tablet of Mena", *ZAS* 42, pp. 61-64.

GILBERT, Gregory Phillip, (2004) *Weapons, Warriors and Warfare in Early Egypt*, BAR International Series 1208, Oxford, Archaeopress.

GRIGSON, Caroline, (1991) "An African Origin for African Cattle? Some Archaeological Evidence", *The African Archaeological Review*, Vol. 9, pp. 119-144.

HASSAN, Fekri A., (1988) "The Predynastic of Egypt", *Journal of World Prehistory*, Vol. 2, No. 2, Junio, pp. 135-185.

KEMP, Barry J., (1996) *El Antiguo Egipto; Anatomía de una civilización*, Barcelona, Crítica [1989].

KÖHLER, Eva Christiana, (2002) "History or Ideology? New Reflections on the Narmer Palette and the Nature of Foreign Relations in Pre- and Early Dynastic Egypt", en Edwin C. M. van den Brink y Thomas E. Levy (eds.), *Egypt and the Levant: Interrelations from the 4th through the early 3rd millennium B.C.E., New Approaches to anthropological archaeology*, Londres, Leicester University Press, pp. 499-513.

KRÖPELIN, Stefan y Rudolph KUPER, (2006-2007) "More Corridors of Africa", *CRIPEL* 26, pp. 219-229.

KUPER, Rudolph, Heiko RIEMER, Stan HENDRICKX, Frank FÖRSTER, (2003) *Preliminary Report on the Field Season 2002 of the ACACIA Project in the Western Desert*, Colonia.

KUPER, Rudolph, *et al.*, (2006) "Climate-Controlled Holocene Occupation in the Sahara: Motor of Africa's Evolution", *Science* 313, Agosto, pp. 803-807.

MARX, Emanuel, (1977) «The Tribe as a Unit of Subsistence: Nomadic Pastoralism in the Middle East», *American Anthropologist*, New Series, Vol. 79, N° 2, Junio, pp. 343-363.

McDONALD, Mary M. A., *et al.*, (2001) "The mid-Holocene Sheikh Muftah Cultural Unit of Dakhleh Oasis, South Central Egypt: a preliminary report on recent fieldwork", *Nyame Akuma* 56, Diciembre, pp. 4-10.

- McDONALD, M. A., (2006) “Kharga Oasis, Egypt: key to timing transdesert contacts in the mid-Holocene”, *Proceedings of the 18th biennial meeting of SAfA*, Calgary.
- McHUGH, William P., (1974) “Late Prehistoric Cultural Adaptation in Southwest Egypt and the Problem of the Nilotic Origins of Saharan Cattle Pastoralism”, *Journal of the American Research Center in Egypt*, Vol. 11, pp. 9-22.
- McHUGH, William P., (1980) “Archaeological Sites of the Gilf Kebir”, *The Geographical Journal*, Vol. 146, No. 1, Marzo, pp. 64-68.
- MORENO GARCÍA, Juan Carlos, (2008) *Egipto y los desiertos circundantes a la luz de los nuevos hallazgos (IV-III Milenios A. de C.)*, BAEDE 18.
- NEWBERRY, Percy E., (1915) “Ta *Tehenu*—“Olive Land””, *Ancient Egypt* B.3, pp. 97-100.
- PARCAK, Sarah, (2010) “The Physical Context of Ancient Egypt”, en Alan B. Lloyd (ed.), *A Companion to Ancient Egypt*, Vol. 1, Blackwell, pp. 3-22.
- PÖLLATH, Nadja, (2009) “The prehistoric gamebag: The archaeozoological record from sites in the Western Desert of Egypt”, en Heiko Riemer, Frank Förster, Michael Herb y Nadja Pöllath (eds.), *Desert Animals in the eastern Sahara: Status, economic significance, and cultural reflection in antiquity*, Proceedings of the interdisciplinary ACACIA Workshop 14-15 de diciembre de 2007, Colloquium Africanum 4, Heinrich-Barth Institut, Colonia, pp. 79-108.
- QUIBELL, M, (1905) *Catalogue Général des Antiquités Égyptiennes du Musée du Caire. Archaic Objects*, I, El Cairo, Imprimerie de l'Institut Français d'Archéologie Orientale.
- RIPINSKY, Michael, (1985) “The Camel in Dynastic Egypt”, *The Journal of Egyptian Archaeology*, Vol. 71, pp. 134-141.
- ROSSEL, Stine, Fiona MARSHALL, Joris PETERS, Tom PILGRAM, Matthew ADAMS y David O'CONNOR, (2008) “Domestication of the Donkey: Timing, Processes, and Indicators”, *Proceedings of the National Academy of Sciences of the United States of America*, Vol. 105, No. 10, Marzo 11, pp. 3715-3720.
- SCHNEIDER, Thomas, (2010) “Foreigners in Egypt, Archaeological Evidence and Cultural Context”, en Willermina Wendrich (ed.), *Egyptian Archaeology*, Chichester, Wiley-Blackwell, pp. 143-163.



SNAPE, Steven, (2003) “The Emergence of Libya on the Horizon of Egypt”, en O'Connor, David y Stephen Quirke (eds.), *Mysterious Lands*, Institute of Archaeology, University College London, pp. 93-106, p. 97.

TRIGGER, B. J., (1997) “Los comienzos de la civilización egipcia”, en TRIGGER, B.J., B. J, KEMP, D. O'CONNOR, A. B. LLOYD, *Historia del Antiguo Egipto*, Crítica, Barcelona [1983].

WILKINSON Toby A. H., (1995) “A New King in the Western Desert”, *The Journal of Egyptian Archaeology*, Vol. 81, pp. 205-210.

WILKINSON, Toby A. H., (2000) *Royal Annals of Ancient Egypt: the Palermo Stone and Its Associated Fragments*, Londres, Paul Kegan.

<http://interesculashistoria.org/>